

## El espíritu asturianista de Caveda y de Canella \*

JOSÉ MIGUEL CASO GONZÁLEZ

La Academia de la Llingua Asturiana ha querido celebrar con esta preciosa edición facsimilar el centenario de la aparición de las *Poesías selectas en dialecto asturiano*, reedición muy aumentada por Canella Secades del libro que había publicado Caveda y Nava en 1839. Vaya por delante mi más cordial enhorabuena.

Se unen en esta obra los nombres venerandos de José Caveda y Fermín Canella. No voy a comentar nada de lo que a ambos debe la cultura asturiana, porque tengo que creer que es suficientemente conocido. Lo que pretendo es poner de relieve el espíritu impulsor de cuanto han trabajado por Asturias y cuanto han escrito sobre ella, porque ahora precisamos mucho de ese espíritu.

\* \* \*

Pienso que los asturianos deberíamos hacer anualmente ejercicios espirituales en régimen de in-

---

\* Este texto fue leído el 26 de enero de este año en la presentación en Oviedo de la ed. facsimilar de José CAVEDA y Fermín CANELLA SECADES, *Poesías en dialecto asturiano*, Uviéu, Academia de la Llingua Asturiana, 1987.

ternado. En los días de encierro tendríamos que meditar atentamente sobre los siguientes asuntos:

1.º Asturias y el ser de los asturianos (aquí entraría el análisis de tópicos como «Asturias, qué guapina yes», «Puxa, Asturias», «La sidrina y el rito de echarla y beberla», «Asturias de mis amores», «Donde hay un asturianu non paga naide», «A la mar fui por naranjas, cosa que la mar no tiene»).

2.º Los pecados capitales del asturiano (propongo estos puntos de meditación: «Yo valgo más que tú», «Non trabayes, que a min duelme el llombu», «En Oviéu non me caso, en Xixón póngolo en duda», «Oviedín del alma (o Gijonín, o la Pola de tal, o Cangues, que todo es igual)», «España es Asturias y lo demás tierra conquistada»).

3.º Qué somos y adónde vamos (aquí los puntos de consideración pueden ser infinitos, aunque posiblemente todos se resuman en esto: nada y a ningún sitio).

4.º Como culminación, examen de conciencia, confesión general y propósito de la enmienda.

Lo peor es que, como ha venido ocurriendo con todos los ejercicios espirituales, al día siguiente nos habremos olvidado de cuanto meditamos durante nuestro encierro regionalista.

Y mientras tanto Asturias no se hace, nos la hacen, o nos la deshacen. Podríamos echar la culpa a los políticos, chivos expiatorios de cuanto sale mal; pero, sin que tenga el menor interés en aligerar la indudable responsabilidad que les incumbe, no sería justo no hacerla compartir por los hombres de la cultura, de la industria, de los negocios, o simplemente por los hombres de a pie. Todos los asturianos tenemos una parte de responsabilidad en el gran fracaso histórico y actual de nuestra comunidad. Un fracaso que empieza por nuestra manía centrífuga. En cuanto nos es posible abandonamos nuestra tie-

rra, para hacer fuera, en cualquier aspecto, lo que podíamos realizar aquí. El centripetismo de otras comunidades se considera en Asturias absurdo e irrealizable. Y esa constante, cuando no es necesaria, nos debilita.

Se habla mucho del tradicional aislamiento de Asturias. Confieso que no creo en él. Los montes no separan: los ástures se extendieron a una y otra parte de la cordillera. Pero además hemos tenido siempre el mar, el gran puente que ha unido tradicionalmente los puntos más distantes. El aislamiento, por el contrario, es una actitud consciente, algo así como la cara opuesta al centrifugismo. No es que nos aislen, sino que nos aislamos. El que no sale fuera se encierra en su valle, hasta tales extremos que puede ser muy fácil que se muera de viejo sin haber pisado nunca el valle del otro lado del monte. No estoy hablando en metáfora. Es una triste realidad, patente en muchos libros de asturianos de dentro, que al estudiar un fenómeno regional se olvidan del resto del mundo, como si fuéramos únicos e irrepetibles. El tiempo me impide analizar diversos ejemplos. Pero no puedo dejar de citar uno en el que algo he trabajado. Me refiero a nuestra canción popular. Muchos de los que la han estudiado no han querido saber nada de que infinidad de letras y de músicas no son patrimonio exclusivo nuestro, sino que se extienden por el ancho campo nacional y en ocasiones hasta más allá de las fronteras del estado. Importamos, pero también exportamos, e incluso conservamos con frecuencia restos muy viejos que nos unen a pueblos para nosotros desconocidos. Torner habló de la raíz andaluza de nuestra característica asturianada. Yo he seguido la penetración en Asturias de letras de Castilla la Nueva y Extremadura, e igualmente la expansión hacia la meseta de otras nuestras. También puse sobre aviso hace muchos años de la semejanza de tonadas asturianas muy antiguas con otras de l'Auvergne francesa, pro-

blemente porque en ambas regiones perviven melodías que se remontan a ancestros comunes; pero nadie se ha hecho eco de esta posibilidad, y yo no soy musicólogo ni etnólogo. A mí me parece enormemente enriquecedor el vernos como miembros de una comunidad muy extensa: entenderíamos mejor lo nuestro y comprenderíamos lo absurda que es la consciente insularidad asturiana.

Centrifugismo y aislamiento, dos caras de una misma moneda. Contra el centrifugismo es imposible luchar; contra el afán de incomunicación, no. Merece la pena recordar un curioso episodio. En 1877 Menéndez Pelayo escribe en su *Horacio en España* que no tiene noticia de que este poeta se haya traducido nunca a nuestra lengua, cosa que achaca a su pobreza para expresar «las exquisiteces de la poesía horaciana». Como reto lo tomaron Juan María Acebal y Justo Alvarez Amandi. Los dos traducen el *Beatus ille*. El primero publica la traducción en 1878, el segundo se la envía a don Marcelino el mismo año. En la segunda edición del *Horacio en España* publica las dos, precedidas de esta advertencia:

Siguiendo el mismo instinto de parodia [que Antón de Marirreguera], se han hecho en nuestros días, por alarde de ingenio y de facilidad en el manejo de un dialecto tan dulce, tan *mimoso* y tan pintoresco, los dos siguientes ensayos de traducción del *Beatus ille* horaciano.

El bueno de don Marcelino no quería o no podía entender nada. Califica de «instinto de parodia» el esfuerzo de Marirreguera en sus poemas mitológicos, y el de Acebal y Amandi no pasa de «alarde de ingenio y de facilidad en el manejo del dialecto», el cual para Menéndez Pelayo sigue sin servir para traducir seriamente a Horacio.

Pero tampoco quiso entender nada Balbín de Unquera, el cual, refiriéndose a Acebal, escribe que el

*Beatus ille* «se prestaba al lenguaje de los pueblos labradores», pero que otra cosa sería traducir las odas *Moecenas atavis*, *Quem virum vel heroa* o *Qualem ministrum*. Acebal traduce y publica la primera. Son las suyas dos traducciones espléndidas, por la precisión y exactitud, por la conservación del espíritu horaciano, cosa tan difícil, y por el alto grado de actualidad que consigue. Era un esfuerzo considerable. Frente al típico aldeanismo, que en tan mal lugar nos dejaba, en ellas el idioma asturiano se levantaba a la categoría de lengua apta para las «exquisiteces horacianas». Las traducciones del latín, del griego, del francés, del español, son un medio magnífico de enriquecer la lengua y de insuflarle espíritus nuevos. También las adaptaciones de temas clásicos, como las de Marirreguera. Por eso yo veo con esperanza las abundantes traducciones que ahora se publican. Es además una manera eficaz de liberarnos del aislamiento, del aldeanismo insular, que tanto se ha llevado y se sigue llevando. Necesitamos, como la tierra después de prolongada sequía precisa la lluvia, desterrar a tanto falso aldeano como prolifera por estos pagos, y condenar para toda la eternidad al infierno con más fuego que pueda existir a cuantos los protegen desde sus cargos, políticos o no. Ya está bien de insularidad consciente y obsesiva. Hay que abrir los horizontes, hay que hacer, a fuerza de genio creador, una lengua que sirva para algo más que designar los objetos de la vida ordinaria o contar algún chiste de aldeanos. Lo cual, dicho sea de paso, no significa que tengamos que olvidarnos de lo nuestro cercano, sea campo o ciudad, mina o mar, que lo trascendente también está ligado a lo inmediato.

Pero, por poner un caso, que se terminen de una vez esos festivales de asturianía, adoración sin tasa del aldeanismo más bajo, y donde se oyen, sin que el furor mueva un pelo de las cejas, los mayores disparates. ¿Por qué tiene que ser siempre la gaita

nuestro símbolo musical? Está claro que hay que elogiar y hasta premiar al que canta bien; pero no es de recibo que se den de paso letras disparatadas.

Sólo voy a poner un ejemplo. Se trata de una canción con una música deliciosa, y que no se escucha con frecuencia, acaso por la dificultad de cantarla. Pero, ¡Dios mío!, la letra dice así:

Baxando yo pel'aldea  
sintí un paxarín cantar,  
detrás de casa Pericu,  
na pica la cerezal.

¿Qué páxaru será esi,  
que tien el picu amarieyu?  
Ye esi que llamen cuquieyu,  
ye familia del raitán.

Y es una delicia estar  
de veranu nuna aldea,  
y en una casina deseña (?),  
rodiau d'arbolear.

Y cuando sale la aurora  
oyes el mirlo cantar,  
la zarrica y el pinzón,  
y el veranín y el raitán.

Tamién canta la calandria,,  
el malvís y el verderal,  
y encima un pegoyu un horrio  
oigo chillar al gurrión.

Y esi siempre canta igual,  
porque nun sabe otu son;  
cría debaxu les teyes,  
compañeru del ratón.

¿Y ónde está Pachu Pericu?  
Está detrás del corral,  
cabruñando la guadaña,  
pal veranu trabayar.

Y ahora viene les andeches  
de sayar y d'arrendar,  
y comer les patatines  
y a la ullera del yar.

Mucho me temo que nuestro poeta no haya visto nunca un cuco, y menos aún detrás de una casa. El cuco habita en lo espeso del bosque, y se deja ver muy difícilmente; además no tiene nada de paxarín, y sí mucho de pajarraco, porque llega a medir hasta 35 centímetros, y hasta incluso se le puede confundir con un gavilán. En cuanto a cantar, aunque los ornitólogos le llaman *cucūlus canorus*, la verdad es que sólo emite un sonido con dos notas. ¿No lo habrá confundido, por lo del pico amarillo, con el mirueyu, o la mirueya, como dicen en mi pueblo? Aunque éste no es pequeño, es más paxarín que el cucillo, se le puede ver junto a las casas, y en cuanto a cantar, hay que oírlo en los amaneceres de primavera. Lo de «familia del raitán» vale, porque es uno de los pájaros de que el cuco se sirve para anidar. Y después sale la aurora (será alguna moza que se llama así), palabra culta incluso en español, y canta nada menos que el mirlo, junto con otros pájaros que no me parece que puedan ganar ningún concurso de canoras aves (dejo aparte a mi querido raitán, que precisamente apenas canta en verano, pero que en invierno hace tertulia con sus congéneres, en una conversación que ésa sí que es una delicia, donde se mezclan los monosílabos con las frases largas, conversación que de pronto se interrumpe, porque uno de ellos, casi siempre son tres los tertulianos, ha visto algo en el suelo y se lanza como una flecha a cazarlo; será después él el que reanude la conversación, y yo creo haberle entendido más de una vez «¡qué bicho más sabroso!»). Pero sigamos. Que el pobre gorrión «cría debaxo les teyes» es una verdad como un templo; pero «compañeru del ratón» pocas veces. Los míos crían debajo de las tejas de mi horru, y puedo jurar que allí todavía no ha entrado ningún ratón. Pero lo de cabruñar la guadaña «pal veranu trabayar» ya toca en lo demencial. Quien escribió tal cosa ni sabe lo que es una guadaña, ni cabruñar, ni segar. ¡Qué felicidad la del aldeano, si sólo tuviera que cabruñar una vez en toda la tem-

porada! Mi guadaña, que no está por lo fino, necesita unos cuantos cabruños al cabo del año. Y dejemos a un lado el arbolear, les patatines y otras menudencias.

No. Que un tonto veraneante organice, y además sin tener idea muy clara de la métrica, tal sarta de simplezas no es de recibo, y menos aún que cantantes profesionales repitan estas sandeces ante el micrófono de Radio Nacional, o que lo graben en un disco. Esto es el prototipo de la anticultura asturiana.

Contra esta anticultura es necesario reaccionar. Los políticos, los medios de comunicación, las entidades bancarias que patrocinan determinados actos, los intelectuales y todos cuantos tengan una pizca de sentido del ridículo, tienen que tomar conciencia de lo que es cultura y lo que es anticultura. Y que no me vengán añadiendo el adjetivo *popular*, porque la anticultura no puede disfrazarse con palabras tan serias<sup>1</sup>.

\* \* \*

Este libro, aunque no está totalmente exento de concesiones a la anticultura, es un magnífico ejemplo de lo que puede ser hacer cultura asturiana de la buena. Para comprenderlo bien es necesario remontarse hasta el siglo XVIII, y, cómo no, hasta Jovellanos.

---

<sup>1</sup> Para los que no entienden porque no quieren entender, tengo que añadir que la auténtica cultura del pueblo, por disparatada que parezca, me merece el máximo respeto. No en vano he dedicado bastantes años al estudio del romancero y de la canción popular, y concretamente al fenómeno de la tradicionalidad. No se me ocurrirá nunca pedir coherencia, buen lenguaje e impecable métrica al que apenas sabe leer y escribir. A quienes critico es a los que, creyendo que asimilan lo popular, piensan que deben ser incoherentes o insertar versos sin ritmo y sin medida, y a los que creen que ponen una pica en Flandes haciéndose pasar por cultos. Se puede hacer muy buena canción popular en asturiano o en español, pero ni en una ni en otra hay necesidad de ensartar necedades. Y menos creer que sólo puede haber canción asturiana si se habla de la aldea y de sus cosas.

Don Gaspar hablaba ya desde niño la lengua asturiana. Nos lo dice él mismo. Y tengo la seguridad de que continuó hablándola con normalidad, especialmente durante sus estancias en Asturias, y cabe pensar que al tratar con quienes también la hablaban. Sólo así es posible entender que en 1803, al tener que escribir al entonces director del Instituto, José Valdés y Bazán, lo hiciera en lengua asturiana. Es una carta inédita, que publicaré en el tomo IV de las *Obras completas*. De texto fluido, sueña a haber sido redactada directamente, sin traducir del castellano. Como es natural, ofrezco en mi edición la versión española a continuación del texto asturiano, y es curioso que al traducirlo he sentido como si el espíritu de la carta se me esfumara entre las palabras españolas. Ya sé que eso ocurre frecuentemente con las traducciones, y no se me olvida que si Jovellanos utilizaba el asturiano no era en este caso por un simple amor a su lengua regional, sino para evitar que, si la carta caía en manos enemigas, pudieran entender de qué trataba. Y esto lo consigue más que con palabras extrañas, con el espíritu a que he aludido, que es el humor aldeano que revela la carta, y que resulta intraducible a otra lengua.

Es que Jovellanos no era un mero curioso antropólogo, sino un hombre que llevaba dentro el espíritu de su región. Era un hidalgo vestido de gran magistrado que de pronto se quedaba en calzón corto, para hablar con las gentes de su tierra, en su lengua, y sobre sus problemas. No era la suya una actitud erudita (aunque también la adoptara cuando de erudición había que tratar), ni un gusto por lo exótico. Y este arraigo en lo suyo debía venirle de familia, porque su hermana, la monja, fue una buena poetisa en un asturiano delicioso. Jovellanos además conocía perfectamente la poesía de compatriotas muertos y vivos, y por eso puede de pronto decir que un trozo de romance que oye le suena a Marirreguera o

que en una tertulia alguien imita a Balvidares. Los que por profesión sabemos algo de distinguir estilos individuales, podemos asegurar que quien era capaz de establecer a bote pronto estas relaciones tenía que conocer muy bien la obra poética de tales autores.

\* \* \*

Y esto me lleva a lo que me parece fundamental. La mayor parte de la literatura en lengua asturiana de los siglos XVII y XVIII circulaba en copias manuscritas. Francisco de Paula Caveda y Solares, amigo íntimo de Jovellanos, vivía, a impulsos de don Gaspar, su mismo espíritu. El fue el que debió coleccionar la mayor parte de los textos que después aprovechó su hijo, José de Caveda y Nava, que había sido alumno del Real Instituto Asturiano. Acaso se le pueda reprochar a éste que no haya publicado todos los materiales reunidos por él y por su padre. Pero su educación le obligaba a valorar poéticamente lo que tenía, a seleccionar sólo lo bueno, e incluso a mejorarlo.

Este impulso que algunos ilustrados dieron a la lengua regional no tuvo prácticamente seguidores en la primera mitad del siglo XIX. Caveda es la excepción, pero lo es porque le venía de familia. En la segunda mitad del siglo las cosas parece que quieren cambiar; pero tengo la impresión de que el movimiento asturianista no enlazó con la mentalidad ilustrada, en definitiva mentalidad burguesa (en el buen sentido de la palabra), profesada por gentes que procedían de la nobleza. Yo creo que una buena parte de la obra de Jovellanos (la escrita, pero también la activa) es típica de un alto burgués, con un curioso matiz, que como él no era negociante ni industrial no especulaba con sus ganancias, sino que pensaba en el enriquecimiento de su pueblo.

Con muy pocas excepciones, todos los poetas incluidos en esta antología son intelectuales y/o per-

tenecen a la nobleza. Era ésta la que tenía que haber dado el paso al frente que le pedía Jovellanos ya en 1782. La situación socioeconómica asturiana era, sin embargo, grave. No voy a atormentarles con cifras; pero sí tengo que citar alguna.

En el *Censo* de 1797 figura un total de 62.255 titulados y nobles, lo que representa el 17,09 % de la población total de Asturias. Todo el estamento eclesiástico no pasaba del 3,17. La mayor parte de la propiedad de Asturias estaba en poder de este 20,26 %; pero conviene establecer diferencias: la casi totalidad de las tierras cultivables y de pastos pertenecían a la iglesia y a un número escaso de nobles. El resto se distribuía entre el 4 % de agricultores propietarios, la mayoría de los hidalgos y los concejos. Sólo, pues, unas cuantas casas aristócratas disponían de rentas suficientes; la mayoría de los hidalgos eran pobres de solemnidad. Ni por intereses ni por mentalidad estaban los grandes propietarios en condiciones de asumir el papel que Jovellanos les proponía. Si a esto añadimos que los que el *Censo* llama fabricantes y artesanos sólo representaban el 8,7 % de la población y los comerciantes no pasaban del 0,37, cuando las medias nacionales eran del 16 y del 0,85 %, queda bien claro que Asturias tenía pocas posibilidades de engendrar una clase burguesa, que fue la que propició los regionalismos en otras comunidades. Aquí tuvieron que ser gentes foráneas las que dirigieran todo nuestro cotarro económico, y esta burguesía no enlazaba con ninguna idea regionalista, simplemente porque su visión de Asturias iba en otra dirección. Algunos de los hijos o de los nietos de esos foráneos sí lograron conectar con la esencia viva de Asturias; pero esto ocurriría entrado ya el siglo XX.

\* \* \*

Que el más importante medio, no el único, por el que se manifiesta una cultura es la lengua, me

parece cuestión que no necesito probar. Una cultura es algo más que un conjunto de hechos, de formas típicas, de maneras de comportarse ante los sucesos ordinarios y extraordinarios de la vida. Una cultura es también un espíritu, es decir, una forma especial de concebir el mundo. Esto lo saben bien los que manejan varios idiomas. En una ocasión me decía un exiliado español en Lyon, profesor de historia española, que no tenía manera de evitar su españolidad a la hora de escribir en francés, aunque lo dominaba maravillosamente bien. Y me explicaba su tendencia a la frase llena de subordinadas, larga, analítica, frente a la frase sintética, cartesiana, del francés.

Pues bien, el que aprendió el asturiano de niño conserva con la lengua un espíritu que no será el suyo habitual cuando se exprese en español, aunque nadie puede negar las interrelaciones necesariamente existentes. Cuando estaba preparando mi comunicación para les segundes Xornaes de la Llingua, para las que se me había pedido una intervención en asturiano, redacté la mayor parte del texto directamente en mi asturiano oriental; pero hubo un folio que, no sé por qué, lo escribí en español. Pensé acaso que no me costaría trabajo traducirlo después. Cuando me puse a hacerlo, eran tantas las dificultades que encontraba, que decidí redactarlo de nuevo directamente en asturiano. Y efectivamente, salieron dos textos distintos, a pesar de que se decían las mismas cosas.

Hay, por ejemplo, un humor campesino, al menos entre los de mi tierra, muy característico. Consiste en expresar sólo los elementos del plano humorístico, sin establecer en ningún momento la menor relación con el plano real. Lo que sucede es muy simple: o se tiene la clave, o no se entiende nada, porque se da como real la expresión humorística.

Tuve conciencia clara de este fenómeno cuando en la tarde del día en que me votaron catedrático

de Universidad acudí a casa de don Ramón Menéndez Pidal, ya entonces en la silla de ruedas. Antes de subir a verle estuvimos hablando un largo rato Diego Catalán y yo. Y entre las cosas que me contó fue una que a su abuelo le había salido, después de la apoplejía, el humor asturiano. No lo entendí muy bien hasta un rato después. Cuando estábamos con don Ramón, éste me espetó sin previo aviso: «Bueno, Caso, ahora ya puede usted descansar tranquilo; no malgaste su tiempo en la investigación. Viva cómodamente, que ya tiene asegurado el sueldo». Yo tenía la clave, porque no en vano había trabajado en el despacho que estaba al lado del suyo más de dos años, y sabía muy bien cuál era el pensamiento de don Ramón. Mi contestación se ajustó a éste. Fue a continuación cuando me pidió que terminara el romancero del Cid, trabajo que yo había empezado unos años antes.

Dicen que a los que les sucede esa terrible cosa que se llama afasia, si antes hablaban algún idioma extranjero, lo que no pueden decir en su lengua son capaces de expresarlo en la foránea. Explican que el centro neurálgico de la lengua materna está alojado en un cubículo, circunvolución o lóbulo, o como se llame, del hemisferio izquierdo de nuestro cerebro, para los que son diestros, mientras que el de una lengua ajena aprendida después, se aloja en un cubículo de la derecha. Si el primero falla, sigue funcionando el otro. Esto he oído, aunque no juro que sea cierto. Pues bien, si a mí me ocurriera semejante desgracia no podría utilizar ni el español ni el asturiano, porque tengo a los dos en el mismo espacio cerebral. Por eso acaso hay veces que me sale la palabra o la expresión asturiana en medio de un discurso en español, y es sencillamente porque mi ordenador personal hace aflorar lo que le parece más expresivo, y sobre todo cuando pretende que haga acto de presencia el espíritu de mi cultura asturiana.

Dicho de otra manera, las dos lenguas pertenecen a la tradición que he recibido en la infancia, y por ello ni se oponen ni se excluyen. De aquí que, como forman un todo, en el momento oportuno mis órganos de fonación reproducen la palabra o la frase que viene a cuento, procedan de una lengua o de la otra, o de ambas. No, yo no puedo renunciar a ninguna de las dos culturas. Yo soy el que soy, porque poseo las dos.

Pero comprendo también que el que sólo disfruta de una de ellas pueda plantear radicalmente su defensa frente a la otra. He dicho que lo comprendo, pero no que lo apruebo. El que sólo pueda alegar una de las culturas como raíz de su manera de ser hombre que deje en paz a los que podemos invocar las dos; pero igualmente que no se defienda una de ellas frente a la otra como si se tratara de culturas que se excluyen. Los que por razones políticas, o de cualquier otro tipo, quieren cercenar ese todo, lo único que están haciendo es sencillamente empobrecer su espíritu, aldeanizarlo en asturiano o en español.

\* \* \*

Creo que he sentado ya bien las bases de la valoración que voy a hacer de este libro de Caveda-Carnella. Para los dos fue un acto de fe en su cultura asturiana, en el espíritu asturiano que conformaba su ser hombre, sin negar el ingrediente español, al contrario, afirmándolo taxativamente. Para Caveda creo que fue la lección aprendida de su padre y de Jovellanos. Y tengo que añadir que don Gaspar, en esta cuestión, se nos aparece como un ilustrado atípico, porque la Ilustración pretendió universalizarlo todo, sobre la base de igualarlo, de hacerlo unitario. El mismo Jovellanos lo dijo en su sueño socialista:

Un solo pueblo entonces, una sola  
y gran familia, unida por un solo  
*común idioma*, habitará contenta  
los *indivisos términos* del mundo.

Pero Jovellanos introdujo en esta manera de ver un importantísimo elemento, que yo enunciaría así: Universalizar como meta de la comunidad humana, pero sin cercenar lo particular, lo distintivo de cada hombre lo entrañablemente nuestro. Don Gaspar jamás renunció a ser profundamente asturiano, pero también aspiró a la universalidad, al entendimiento entre todos los hombres, y no se olvide que los unos no nos entendemos con los otros más que

por aquello que nos une, nunca por lo que nos separa.

Caveda y Canella no renunciaron jamás a ser universales, pero menos aún a su honda raíz asturiana. En la lengua del pueblo, Caveda y Canella han erigido un monumento imperecedero a su forma de ser hombres universales, demostrando que no hacían por ello dejación de su espíritu asturiano.

A la universalidad por el camino de lo hondamente particular nuestro. En mi opinión ésta es la lección que los dos nos han legado.

